



LA HUELGA GENERAL

PERIÓDICO LIBERTARIO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Trimestre... 1 peseta.—Un año... 4 pesetas
EXTRANJERO (cuales Postas)
 Semestre... 3 francos.—Un año... 6 francos
 25 ejemplares, 175 pesetas.

Toda la correspondencia al Administrador
 Rambla de las Flores, núm. 26, 4.° - BARCELONA

PUBLICACIÓN

Los días 5, 15 y 25 de cada mes

Administración

Días laborables de 11 a 12 y de 16 a 17

Redacción

Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 20

Colaboradores

Bonafulla
 Claramunt (Teresa)
 Domènica Nieuwenhuis
 Estévez
 Grava
 Gustavo (Soledad)
 Hensault
 Kropotkin

Lorenzo
 Malatesta
 Malato
 Peral-Cavañal
 Reclus
 Salvachén
 Tarrida
 Urales

Y todos cuantos deseen cooperar a la realización de nuestro pensamiento, reservándonos el derecho de no admitir lo que nos parezca que no concuerda debidamente con el plan que nos hemos trazado.

Concepción del Ideal Libertario

I

Los dos Límites

«El objeto final de la vida humana, ha dicho León Tolstói, en medio de este mundo, que es infinito en el tiempo y en el espacio, no puede ser accesible al hombre en sus límites.»

Este objeto, imposible de alcanzar, pero al cual puede acercarse indefinidamente, es comprensible al hombre y constituye el ideal de los que quieren ayudar al remplazo de una vida odiosa, egoísta, violenta, irracional, por otra de goce, de fraternidad, de libertad, de razón; es, en una palabra, la aspiración de los que quieren disminuir sin cesar el mal y aumentar constantemente el bien, no sólo en el interés personal, sino principalmente y sobre todo en interés de toda la humanidad, comprendiendo además que sólo por el bien de todos es como realmente se trabaja en la propia felicidad.

Los goces materiales, morales e intelectuales aumentan cada día y no cesan jamás de aumentar; pero por desgracia, en nuestra sociedad autoritaria, son apaciguados por algunos privilegiados, y el mayor número, precisamente aquellos que más contribuyen a producirlos, no pueden gozar de ellos. De todos modos esos bienes existen; son bienes adquiridos de los cuales cada uno tendrá su parte el día en que el mundo quede organizado de una manera equitativa, y aumentarán siempre, porque las aplicaciones de la ciencia son ilimitadas, porque todo invento es

casí siempre el origen de un invento nuevo y que la mayor parte de las necesidades satisfechas ceden el lugar a nuevas necesidades... A la vereda sigue el camino real, a éste las vías férreas, al barco de vela los grandes trasatlánticos, al montgolfier los globos de gas, precursores de los navíos aéreos, y en cada uno de estos perfeccionamientos se observa el aumento del bienestar, de la seguridad y de la velocidad; se ansían los 50 kilómetros por hora cuando se han obtenido 30; tres años después no bastan los 80, y el mismo fenómeno se observa en todas las esferas del arte, de la ciencia ó de la industria.

Eso es una consecuencia de la condición humana, y es también la más firme garantía del progreso indefinido.

El límite de ese aumento de gozos posibles es el de todas las cantidades que crecen de una manera continua, es decir, el infinito; una cantidad más grande que todo valor, por grande que sea, límite que no alcanzaremos jamás, pero al cual tendemos siempre a acercarnos.

Tal es la primera fase de la lucha.

La segunda comprende la supresión del mal. Desde el punto de vista de la humanidad, el peor de todos los males, el que engendra casi todos los otros es la falta de libertad.

Aunque considerando innecesario definir la libertad, diremos: es la facultad de permitir al organismo todas las manifestaciones físicas, morales, intelectuales, consumidoras y productivas que reclama, en tanto que estas manifestaciones no destruyen en otros esta misma facultad.

Esta limitación no es artificial, sino natural y como la condición misma de posibilidad de la libertad, sin la cual ésta no podría existir; porque si con el pretexto de mi gusto me abrogo el derecho de impedir a mi vecino que escriba una carta, por ejemplo, le reconozco un derecho análogo sobre mí, y ceso, por tanto, de tener la libertad de escribir una carta si se le antoja impedírmelo.

El principio contrario a las manifestaciones de la libertad así definida es el principio de autoridad. Esta puede

ser de dos clases: artificial y natural.

La primera es el resultado de un contrato, de una ley ó de la fuerza, y puede ser suprimida por la fuerza ó por un pacto.

La segunda, que se manifiesta de maneras tan diversas, pero todas absolutamente naturales—fenómenos físicos, atracción amorosa, superioridad intelectual, influencias morales, etc.—debe ser, a lo menos en lo que concierne a sus resultados potenciales, combatida sin cesar por los esfuerzos combinados de todos. La supresión es una condición de la felicidad, uno de los objetos de la vida humana consiste en perseguir su desaparición completa. No se llegará jamás completamente, pero se aproximará sin cesar al objeto.

El límite de esta disminución de autoridad es el de todas las cantidades que decrecen de una manera continua, es decir, cero, una cantidad más pequeña que todas las cantidades positivas, por pequeñas que sean, límite que no llegaremos a alcanzar jamás, pero al cual tendemos siempre a aproximarnos.

Tal es la segunda fase de la lucha.

No crea nadie que se deja de ser anarquista porque se reconoce que la anarquía absoluta, es decir, la supresión completa de todas las manifestaciones de la autoridad es un sueño irrealizable.

Supóngase un médico que curide a un paciente afecto de una enfermedad incurable, aunque susceptible de ser combatida enérgicamente; hará de seguro todos los esfuerzos imaginables para suprimir todas las manifestaciones de dolor y de malestar, para disminuir las que queden y para reducir la aun en cuanto sea posible, para acercarse más y más cada vez a la curación absoluta, que reconoce, no obstante, imposible.

¿Quiere eso decir que sea partidario de la curación parcial? No; es tan partidario de la curación absoluta como el que más, y únicamente obrando como tal consigue que la curación parcial sea todo lo completa posible.

Del mismo modo el que tiende al cero de la autoridad es un anarquista;

por más que esté persuadido que eso cero no se alcanzará nunca.

Es, por otra parte, fácil de demostrar que es un bien que sea así, afirmación que algunos han combatido cuando declaramos que llegados al cero de la autoridad el objeto de la humanidad desaparecería.

Es fácil dar una fórmula matemática muy sencilla de la felicidad general.

Sea, en un momento dado, p el progreso realizado; a , la cantidad de autoridad existente. Desde el momento que la felicidad está en razón directa de p y en razón inversa de a , la fórmula de la Felicidad F será en aquel momento:

$$F = c \cdot \frac{p}{a}$$

siendo c un coeficiente función de cierto número de cantidades fijas.

F aumentará cuando p sea más grande ó cuando a sea más pequeña. Si ésta disminuye constantemente y p , por su parte, aumenta sin cesar, la felicidad general F aumentará igualmente sin interrupción y en proporciones considerables.

Pero p , es decir, el progreso no puede ser infinito. Si pues a llegase á ser cero (0), la fórmula de la Felicidad general, en aquel momento, sería

$$F = c \cdot \frac{p}{0} = x$$

es decir, una cantidad más grande que toda cantidad por grande que sea, ó, en otros términos, que no sería ya susceptible de aumento.

El objeto de la vida habría cesado de existir.

FERNANDO TARRIDA.

Los cuatro elementos

Yo creo que ya no los llama nadie así; pero no importa: los griegos, que en tantas cosas mostraron un acierto superior, así los denominaron. De todas suertes, en la antigua Grecia, en la moderna Francia y hasta en la futura Patagonia, el hombre—lo mismo el individuo que la especie—necesita de los cuatro elementos para poder vivir.

Sin embargo, siendo suyos no disponen de ellos.

Aire y agua, luz y tierra, son de todos y de cada uno por la única ley que no será nunca reformada ni abolida: por la ley suprema de la Naturaleza. Es increíble, pero cierto, que contrariando esta ley, más difícil de contrariar ó eludir que las mezquinas legislaciones sociales, se ha conseguido privar al hombre de la posesión de aquellos cuatro elementos. A lo sumo, le han dejado tres. Ni aun eso, pues el dominio del aire ha sido limitado por un supuesto derecho contra natura, que encierra á seres humanos en viviendas sin ventilación. El agua misma suele estar sujeta á las limitaciones de la propiedad, pues hay pro-

pietarios—individuales ó colectivos—hasta del agua que brota de las peñas ó baja de las nubes.

Tal vez se niegue el supuesto de que «los cuatro elementos» sean indispensables para el hombre, ya que sin ellos vive. Pero yo á mi vez, niego que viva; ¡si esto no es vivir! ¡Puede negarse que los cinco sentidos son necesarios, sólo por existir quien carezca de uno de ellos, ó de más de uno?

De mudos y los ciegos no conocen la plenitud de la vida; pero son excepciones en la humanidad.

Tampoco pueden gozar de la existencia los que no disponen de la tierra que, como el aire y la luz, debiera ser de todos. Y éstos, ciertamente, no son en el mundo excepcionales como los ciegos y los sordomudos. Los que por su número constituyen excepción en la familia humana, son precisamente los dueños y señores de la tierra, del aire, del agua... esperando que algún invento de Edison les permita apoderarse de la luz del sol y hacernos pagar contribución por la claridad del día.

N. ESTÉVEZ.

Una huelga fácil y necesaria

es la de los electores.

Porque la revolución comenzará en el momento preciso en que los hombres comprendan que contiene, importa, es necesario renunciar totalmente á la política.

Eso es lo que trataremos de demostrar.

¿Qué es la política?

El conjunto del sistema por el cual se determinan los actos mandados, los actos permitidos, los actos prohibidos.

Todo individuo llegado á la edad de razón se encuentra en presencia de una cantidad innumerable de leyes.

Si dice:

—Estas leyes hechas sin mí, contra mí me repugnan.

Se le responde:

—En primer lugar cúmplelas; después, cuando se presente la ocasión, puedes usar de tus derechos de ciudadano para cambiar el orden social.

Si replica:

—No tengo tiempo para eso.

Se le contesta:

—Encarga á los que hacen las leyes que obren conforme á tus ideas y á tu voluntad. En una palabra: Haz política.

Veamos si *hacer política* es un acto razonable ó un acto de loco. Veamos en qué consiste.

En los países donde existe el régimen parlamentario los hombres determinan las leyes—(actos mandados, permitidos, prohibidos)—de la manera siguiente:

—Nombramientos de delegados, es decir, *abdicación total de la actividad individual* en manos de políticos;

—Reunión de los políticos que hacen apreciaciones y establecen textos votando sobre esas apreciaciones;

—Imposición por la fuerza del resultado de esos votos.

Este sistema es absurdo. Si realmente hay actos que deben mandarse, permitirse ó prohibirse á los hombres, deberían determinarse por la lógica.

Si no los hay, los políticos no son más calificados que los demás hombres para determinarlos.

En efecto: ¿Cómo se determina la verdad? ¿Cómo se determina la ciencia?

¿Se nombran delegados para ello? No. El que descubre la verdad no ha sido delegado por nadie. Hasta aquí puede suceder que carezca de prestigio y ni siquiera tenga diploma de ninguna especie.

¿Se vota? No. El voto no prueba nada en materia científica. Galileo estaba solo cuando afirmó que la tierra rodeaba al sol. Siendo de tal modo minoría, él solo tenía razón, contra la mayoría, que era el mundo entero.

¿Se impone la ciencia por la fuerza? No. Se dice únicamente á los hombres. «¡He!a aquí. He aquí las pruebas.» Y todos aceptan lo que reconocen como verdadero y justo.

Desde el punto de vista científico, la razón de los hombres es perfecta. Nadie se rebela contra la ciencia, ni aún los ignorantes, porque saben que se halla comprobada por los que salen y que pudiera comprarse por ellos mismos si adquiriesen la capacidad suficiente.

La ley, determinada de una manera absurda, impuesta por la fuerza aun cuando sea absurda y vejatoria, no deja de ser la ley desde el momento que ha sido votada según las reglas absurdas admitidas.

La política tiene sobre todo esto de notable: es un medio poderoso empleado por los privilegiados para adormecer la actividad de los no privilegiados.

Se dice á los hombres: «Metos el cerebro en el bolsillo, y sacadlo de tarde en tarde para votar, es decir, para *consolidar la autoridad*.

Y mientras que los hombres abdican, la autoridad funciona todos los días, á cada instante, siempre.

¿Y aun nos admiramos de que la revolución no se haga! Si lo extraño es que la revolución se haga con semejante sistema, con un sistema antirrevolucionario, con un sistema conservador.

LA REVOLUCIÓN SE HARÁ CUANDO LOS HOMBRES DEJEN DE ABDICAR SU ACTIVIDAD.

LA REVOLUCIÓN SE HARÁ CUANDO LOS HOMBRES SE SUEGREN Á DELEGAR SUS PODERES, CUANDO ACABEN DE DARSE AMOS, cuando no permitan que hombres iguales á sí mismos digan: «Me habéis dado el derecho de obrar por vosotros.»

La autoridad caerá el día en que los hombres no quieran ya imponerla á sí mismos, el día en que rehusen crear categorías de privilegiados, de gobernantes, de opresores.

LA REVOLUCIÓN COMENZARÁ EN EL MOMENTO PRECISO EN QUE LOS HOMBRES DEJEN DE HACER POLÍTICA.

AEP -
BARC

Tudo el que abandona la política comienza la revolución eficaz; la revolución próxima, porque recobra su actividad hasta entonces obviada.

En lo sucesivo estudiaremos cuál puede ser el empleo de esa actividad reconquistada. Por hoy nos hemos limitado a demostrar la necesidad de reconquistarla.

La huelga de los electores es el procedimiento necesario de la transformación social.

PARAB-JAVAL.

¡Huelga!

La huelga parcial es como un simple arañazo hecho al viejo mundo, la huelga general es su derrumbamiento.

Tras él vendrá la elevación de la dignidad humana, la libertad de todos y su participación en las riquezas naturales y en las riquezas sociales para la alegría sin límites y sin exclusión de nadie.

No sabe esto y aun se vacila, y aun no se adoptan las salvadoras energías que han de levantar á los que sufren y atemorizan á los que explotan.

Razón tienen los de España: ¡la huelga ¡la gran huelga! ¡la que no hay medio de sustraerse más pronto ó más tarde!

Despierten los que duermen todavía. Es preciso acallar de una vez.

Hermosa aparece la España proletaria levantando su faz con expresión de digna rebeldía, mientras que por todas partes se vacila aún, se vacila siempre.

La excitación á la huelga, á la gran huelga, es también un aviso al privilegio, que ha de reunir en nuestro daño todas las fuerzas de que dispone, y por lo mismo, compañeros de la Internacional moderna, el momento decisivo se aproxima.

Cumplamos todos con nuestro deber, y si un fracaso fuese nuestro primer resultado, á empezar de nuevo, y siempre, hasta alcanzar el cumplimiento de nuestro ideal, que la humanidad lo necesita para su salvación.

LUIBA MICHEL.

El Proyecto de Boicote

Os supongo desearos de conocer nuestra situación, sobre todo desde que nuestro país atrase las miradas del proletariado universal, y me apresuro á explicársela.

La guerra de Inglaterra con las repúblicas de Transvaal y Orange causa aquí sensación profunda, porque la mayor parte de la población de aquellas repúblicas es de origen holandés y existen muchas relaciones entre boers y holandeses; somos de la misma raza, hablamos la misma lengua, aunque ellos con una ligera variante, una especie de dialecto. Naturalmente la simpatía por los boers es grande aquí, y la estancia del presidente Kruger, cuya llegada fué una verdadera solemnidad triunfal, la mantiene viva. Toda la prensa es pro-boer, y casi todo el mundo, oficial como no oficial, simpatiza con los boers.

Inspirados en esa simpatía los dockers (trabajadores de los docks) han concebido un magnífico proyecto: quieren acabar la guerra y dicen que los trabajadores de los puertos

tienen en sus manos la guerra ó la paz, según su voluntad, cuando estén unidos en un acuerdo unánime. Quieren proclamar el boicote contra Inglaterra, seguros de que cuando los dockers del continente y de América se nieguen á cargar y descargar las mercancías, los ingleses se verán obligados á hacer la paz. Eso es como una especie de bloqueo como el que quería practicar Napoleón I.

El proyecto de boicote es gigantesco y tiene además un doble punto de vista.

En primer lugar evidencia la hipocresía burguesa en lo tocante á su simpatía por los boers; porque ahora viéndose los burgueses colocados en el caso de optar entre sus simpatías ó su portamoneda, se prefieren el cual ven en peligro si el proyecto de los dockers se lleva á la práctica. Y á propósito: es divertida la actitud de la prensa en este asunto. Decláranse casi unánimemente contra el boicote, aunque reconocen que el empleado como medio para terminar la guerra es eficaz, y para demostrar con sólida argumentación el sí, el no y el qué sé yo hace maravillas de equívocos.

Considerada desde otro punto de vista la idea es admirable. No sé si sabéis que los delegados holandeses al congreso internacional de Bruselas en 1891 y de Zurich en 1893 propusieron la negativa militar en caso de guerra, y la paralización del trabajo en el caso de estallar una guerra en los países presentados. En la penencia sobre el militarismo y la actitud de los anarquistas y de los socialistas revolucionarios que yo redacté para el congreso de los anarquistas de Paris en 1900, que fue prohibido como peligroso por el gobierno radical-socialista francés, escribí lo siguiente:

«... Pero los obreros tienen también en sus manos los medios para impedir cada guerra. Supongamos, por ejemplo, que los obreros en el transporte por tierra, y por agua, los obreros de los puertos y de los ferrocarriles declaran la huelga, ¿cómo se valdrán los gobiernos para transportar los soldados? Los ejércitos quedan imposibilitados de aproximarse y el objeto ha de ser ese precisamente, que los ejércitos se aproximen.»

Las ideas avanzan siempre. ¿Cómo había yo de pensar que en tan corto espacio de tiempo la idea había de generalizarse, ser propuesta por unos trabajadores y aceptada por el proletariado con tanto entusiasmo?

Por eso digo y repito: lo culminante es la idea, y cuando el proletariado comprenda y aprenda que es capaz de obligar á los capitalistas y de imponer su voluntad á la sociedad, la idea de la huelga general hará rápidos progresos. La idea ha sido lanzada al mundo, va á germinar, dejada el tiempo de desarrollarse y pensad que vivimos muy deprisa.

Hay en este movimiento dos corrientes, una de ellas quiere convertirse en protesta anti-inglesa y patriótica; la otra quiere que sea una protesta enérgica contra las guerras y una manifestación grandiosa de los sentimientos de solidaridad del proletariado del universo.

Y tienen éstos razón, porque hay que reconocerlo: no son los ingleses los únicos culpables; cada nación representa el papel del mismo que viene practicando. Es cierto de toda certidumbre que la guerra de Inglaterra contra las repúblicas Sudafricanas es un escándalo, es una verdadera barbarie, pero ¿cómo es además naciones son mejores? Comencemos por ejemplo por nuestro propio país: los holandeses sostenemos hace ya veinticinco años una guerra con el imperio de Atch en las Indias Orientales; hemos guerdado con Lombak, donde hemos asesinado á las mujeres; á los niños y saqueado como verdaderos piratas. Francia ha tenido sus guerras de Dahanoy, del Tonkin, de Madagascar, dejando en todas partes regueros de sangre y triste recuerdo de inauditos atropellos. España, después de sus guerras civiles, ha tenido sus guerras en Filipinas y Cuba donde plantó sus campos de concentración. Italia ha tenido su expedición á Abisinia, sin

contar que la República Norteamericana hace en Filipinas lo mismo que habíamos reprochado á los españoles. Todas son lo mismo: en todas dominan sentimientos reprochables que una no puede reprochar á la otra sin caer en la retrocesia; los que en ellas mangancon llevan la mancha del asesinato, del robo, de la intriga, de la hipocresía, y todas juntas han coronado su obra en China, donde han saqueado y sacrificado en masa como en los tiempos de los hunos y de los vándalos, todo bajo el alto patronato de S. M. el emperador de Alemania, quien ordenó á sus soldados que no dieran cuarte!

La burguesía, viendo que el movimiento perdía su carácter puramente pro-boer, se retiró, y se pone en práctica en la antigua divisa: «dividir para reinar». Los socialistas (social-demócratas) que en todas partes suscitan querrelas, se han apoderado del movimiento y ahora la discordia luce su desvergüenza. En vez de un solo movimiento tenemos dos. El Secretariado Nacional del Trabajo tiene la dirección de la huelga, que ha tomado como divisa «guerra á la guerra», y es el que ha quedado caracterizado como puramente revolucionario; pero los políticos, siempre y por todas partes los mismos, han procurado hacerle perder el carácter que tenía al principio.

¿Qué diferencia separa ambos movimientos?

En el primer caso será sostenido por todos los trabajadores del mundo, en el segundo por burgueses que obran por intereses ó por antipatía contra Inglaterra. Varios socialistas se han retirado, privando así al Comité de su apoyo, tanto moral como pecuniario. En Amsterdam el Secretariado Nacional del Trabajo organiza para los primeros días de Diciembre una gran demostración nacional á la que participarán todos los grupos que se adhieran al movimiento.

En todo caso el movimiento es consolador, porque los obreros desean aprender que tienen en sus manos la solución del mundo, aun cuando no se logre un feliz resultado por la primera vez, la idea progresará, y una vez en marcha nada podrá detenerla, porque es tan fuerte que arrastra hasta los políticos que consideraban la huelga general como una utopía, un suceso, etc. etc. Ahora ellos mismos la propaganda por una idea que han combatido siempre. Cuando piensan desmarcar el movimiento se engañan, porque la idea se abre camino por todas las bocas calzas. Oh, qué fuerte y bella es la idea socialista! Se apodera cada vez más del mundo, llena al proletariado de esperanza, que las fuerzas que deben ir unidas para conquistar el mundo.

«Guerra á la guerra!» «Guerra á los capitalistas que apriimen á los trabajadores!» La hora de la emancipación se acerca, pero es necesario que el proletariado vigile y no cree nuevos amos. No, su divisa sea: «Ni Dios ni Amo!» Tengamos presente que cuando los políticos llevan la dirección el proletariado queda bajo su tutela.

¿Queréis una muestra de la sabiduría y prudencia socialista? Vedla: hace poco tiempo que una sociedad de indifollos celebró una reunión en la Haya. Entre los asistentes se veía al general MacLeod y al diputado socialista Van Kael, y la reunión se componía de lo que suele denominarse gente distinguida. Van Kael habló repetidas veces. «¿Para qué? pensaréis, para reprochar al almirante su actitud durante la huelga de los dockers de Amsterdam? ¿Al gresco acaso que hubiera de tratarse de huelga, de miseria, de hambre, en una reunión de elegantes? ¿Pues qué dice ese diputado socialista? Nada menos que demostrar la utilidad y la necesidad que hay de que las Indias neerlandesas tengan marina propia para estar siempre en estado de defensa!»

Buena nota para el Sr. Van Kael, gran almirante de la futura marina socialista, porque no hay duda de que es digno de ser ministro de marina en un ministerio burgués, como Galliflet fue ministro de la Guerra con el socialista Millierand.

Los socialistas no querían discutir la gue-

rra de Añel por temor de que los burgueses se retirasen del movimiento. El boicote puede terminar la guerra de Añel, pero no la del África del Sur. Uno pide una marina para las Indias, el otro no se atreve a desarmar la guerra de Añel, pero es bastante hipérbita para ser violento contra Inglaterra. Y todo esto, por supuesto, sin perjuicio de su internacionalismo.

En cuanto a nosotros, anarquistas, firmes siempre, prediquemos sin cesar guerra a la guerra, la huelga general, para forzar a los capitalistas a ceder ante los trabajadores.

Amsterdam.

F. DORRELA NIEBUWERIS.

Toma de posesión

La huelga general envuelve seguramente la fórmula de la Revolución Social.

Desde que la clase trabajadora agilitada en defensa de su emancipación y la de la humanidad toda, apoyada por la inteligencia de sabios y filósofos y alentada por el esfuerzo de hombres revolucionarios de grandes vuelos intelectuales, se lanzó a la lucha contra la burguesía imperante, no ha descubierto, como norma de sus combates, ninguna proposición que tan explícitamente defina su finalidad. Creemos, sin embargo, que el síglo no está bastante bien expuesto, y que no debemos juzgar como tiempo perdido el empleado en abondar más y más el fondo de la cuestión.

Hay una razón histórica que abona nuestra lucha y nos da a los obreros la debida beligerancia en el conflicto con nuestros opresores, y esta razón es el completo fracaso de la sociedad individualista, en cuanto se rebela a la libertad, a la fraternidad y a la igualdad económica de todos los hombres; hay además otra razón humana, y es esta: que la tiranía y la miseria, exigen con urgencia el imperio de la equidad y la justicia sobre la tierra. Estas son las razones que sustentan la proposición universal del síglo, la Huelga General; la proposición particular, la *Toma de posesión* y la consecuencia infalible, la Revolución Social.

La huelga general es la proposición universal de la revolución social, pero como todas las grandes concepciones pierden parte en su alcance al trascender a las masas, sobre todo poco después de su enunciación, y cuando hay gentes interesadas en alterar su significación, bueno será que expliquemos la diferencia que existe, según nuestro modesto entender, entre una y otra, y el alcance revolucionario que tiene la primera.

La suspensión del trabajo en un día determinado de todos los explotados de la tierra, siempre desde nuestro punto de vista, no es la huelga general. Si deducimos su significación de los diccionarios oficiales, la huelga general cuando todos los que trabajan cesen en sus funciones, pero si el lenguaje anarquista tiene diferentes y más amplias acepciones, opinamos nosotros que esa proposición universal y de carácter revolucionario, sólo puede alzarse tan elevadas proporciones en el caso de que la cesación del trabajo no sea «crucero de brazos» todos los proletarios del mundo, sino desposeer a todos los capitalistas de sus propiedades y privilegios, desbaratarlos de sus palacios, echarlos fuera de las oficinas de fábricas, talleres, minas y almacenes, desde donde dirigen la explotación y el latrocinio, y apropiarse de todas las riquezas acumuladas para convertirlas en propiedad colectiva o común, volviendo luego al trabajo libre para enriquecer y consolidar la sociedad libre.

Naturalmente que esta manifestación definitiva de la humanidad esclava, cuyo resultado será su anhelada emancipación, exige una profunda y universal evolución de las masas, pero como la solución de los grandes problemas se halla en el camino de la evolución convencional, no cabe duda que esta evolución llegará muy pronto al punto máximo desde donde todo declina, y, teniendo como medio la huelga general, la era revolucionaria empezará, confundiendo en una

misma ecuación sociológica, la fórmula y la Revolución Social. Según, pues, nuestro criterio sobre la cuestión que nos ocupa, la huelga general es la revolución social son dos consecuencias simultáneas de un mismo movimiento, y la importancia de la primera se confunde con la trascendencia de la segunda, convirtiéndose en dos factores de un mismo problema: la emancipación de todos los esclavos.

Interin esta evolución llega al punto deseable, infinidad de manifestaciones de protesta y rebeldía populares, que no serán más que coasos de la gran huelga, usurarán a aquella su nombre, aunque no su trascendencia, y serán destellos anunciadores de que el pueblo avanza hacia su redención definitiva. Estas manifestaciones tendrán carácter más o menos parcial, con su finalidad determinada; unas tendrán por objeto protestar contra injusticias gubernamentales; otras mejorar las condiciones del trabajo; otras, tal vez, serán intentos de emancipación con luchas terribles contra la propiedad y el Estado. Estos movimientos, por demás saludables, acostumbrarán al obrero a la lucha, penetrarán en sus costumbres, y el ejército tendrá su huelga general, fortificada con el pueblo, después de grandes derramamientos de sangre. En fin, este proceso va a hara la historia; lo que podemos anticipar es que será doloroso y sangriento.

Una de las partes de nuestra propaganda, muy oportuna ya entre nosotros, y tal vez también, entre ciertos ambientes societarios, y sobre la que creemos conviene recargar nuestra actividad y nuestro estudio, es la toma de posesión.

Desde los primeros movimientos importantes de grandes asociaciones o federaciones de obreros, tales como mineros, maquinistas, empleados de ferrocarriles, etc. cuando el objeto de la huelga no sea sencillamente la protesta contra alguna brutalidad gubernamental y aun en el caso de que así sea, pero con un fin lógico cuando se nos refieren los beneficios colectivos, lo primero que es preciso tener en cuenta es el efecto que la huelga ha de producir en el público y en los demás hermanos desheredados, y como al principio todos los grandes movimientos serán simpáticos, convendrá conservar esta simpatía a todo trance. Para ello es preciso atender solidariamente las necesidades generales, porque de lo contrario, cuando la masa general empieza a sufrir la escasez del artículo, artículo o servicios que los huelguistas fabricaban o hacían, poco a poco, por efecto de las dificultades que el público tendrá que vencer para proveerse de lo que la huelga ha encarecido o extinguido, por el natural egoísmo individual, que trascenderá a la masa, y por los hechos más o menos mal interpretados que la lucha ha de consumir, se dará seguramente el caso de que se malabore a los enemigos de la emancipación del obrero, halle terreno abonado donde echar sus raices de tiranía y de maldad. Además, todo desconcierto de la multitud, propende a producir una reacción en el orden establecido, y lo que un principio fué aclamado por las masas, se ha visto frecuentemente que por no haber producido el efecto deseado, ó por su prolongada duración sin luchas que mantengan la efervescencia, ó actos que hagan vislumbrar el próximo éxito, ha sido luego combatido por las mismas masas.

Para evitar, pues, que estos hechos históricos, se repitan en días tan vez próximas, de imponentes insurrecciones populares, los ensayos de toma de posesión deben contarse igual en número que los ensayos de huelga general.

Desde el primer momento que los mineros dejen de extraer la hulla, todas las almas ricas interesadas en perpetuar lo existente, intentarán excitar a los obreros obligados al parto por la falta de comestibles, a abandonar las máquinas de talleres y fábricas, contra sus hermanos que luchan. Declárense, pues, en huelga, limpiar de vagos la dirección de la mina, tomar posesión de ella, y ordenando el trabajo técnico y humanitariamente,

continuar dando hulla a los mercados, evitará el que los ánimos se concienaran contra los que luchan; el ejemplo sería de una elocuencia sin precedentes, y en los anales de la «propaganda por el hecho» lo más eficaz de cuantos actos se dirán las crónicas del movimiento obrero.

Se nos objetará que no hay ambiente material en la sociedad para que el libre cambio de productos pueda efectuarse en donde todo se compra y se vende; pero nosotros afirmamos que el ambiente se hace, y además que, puestos a luchar, los obreros deben tener presente que el gran contingente de elementos de fuerza burguesa se le puede oponer debilitado al desesporado ampuje de esta. No hay tampoco que olvidar que el éxito, sin ensayos fracasados antes por la brutal intervención de la fuerza armada y por las malas artes de la astucia y la traición, ni los registros la historia del pasado, en este género de luchas, ni creemos que los consigne la del porvenir.

Así, pues, desde el momento que sea la huelga alcance las proporciones de poderla llamar general, aunque impropiamente, débese hacer ensayos de tomar posesión de todas las riquezas y de todos los instrumentos de trabajo de fuerza burguesa, y en fin más, al ramo de los que luchan, poner en práctica la libre producción y el libre cambio de productos en la medida de lo que sea posible, seguros de que el radio de acción se ensanchará con la tenaz perseverancia en el procedimiento.

De este modo, cuando la gran evolución se haya hecho, no habrá error sobre la huelga general; ésta será la toma de posesión, y la consecuencia infalible la Revolución Social.

A. LÓPEZ ROMANO.

A los Burgueses

(Cuadros tomados del natural)

...descorriéndose los cerrojos, al túbure y triste sonido de una campana; ábranse las puertas, y véese la voz del mudo, voz del carcelario que llama uno a los presos a quienes sus familias les traen el frugal alimento escatimado a sus pobres hijos. Véense mujeres de pálidos rostros, ojos circundados por una mancha cárdena; parpados encrojecidos por el llanto; llevando en brazos el pequeño ser que extiende sus bracitos llamando al padre, al inocente que gime en la prisión, víctima del odio y la saba de unos hombres injustos, de la rabia de una clase privilegiada y de la hipocresía de los ministros de una religión falsaria, que tratan de hacer rodar al abismo los derechos, las libertades y las aspiraciones de la humanidad. Buena nueva de la campana; véese nuevo cierre de puertas, acompañado del rumor de los ferros cerrojos; queda en silencio aquel espacio, y véese resollar tristes y llorosas aquéllas infelices, que dejan tras de aquellas rejas y muros a sus esposos, hijos, padres y hermanos, obreros honrados y laboriosos, que por la voluntad de un caique revestido de autoridad, incapaz de nobles sentimientos los recluso arbitrariamente para dar satisfacción al egoísta explotador, al fraile hipérbita, a la bella bozalgua y a la prensa sepulcra que por interés arrastra por el lodo, reputación inefalible y derechos conquistados por el trabajo.

II

Son las diez de la noche. En misera vivienda, de pobrísimo mobiliario, véese una mujer joven aun y dos niños de tres y cinco años respectivamente.

Ella resopsoando (tema 28 ó 30 años; sus ojos tienen el brillo apagado de la persona que sufre; véese en su rostro señales inequívocas de las grandes privaciones; nótese sus ropas limpias pero pobrísimas; más que sus hijos, los atributos de esta risueños, pero de aspecto demacrado. El maricorto pregunta:

—¿Mamá qué ha hecho papá para que lo encierren?

La madre rompe en llanto ante tal pregunta y responde: Tu padre, hijo, me está preso porque quiere, como todos los trabajadores, que no se le prive de medios honrados para darnos pan; y los privilegiados, con la ayuda de los que mandan, persiguen a los que ayudan como tu padre, haciendo acatar los cráneos del hombre con la fuerza y con castigos como si fueran hombres malos...

—¿Mamá y quién es esa gente?

—Hijo mío, ya te lo he dicho, son los que mandan y los ricos que viven sin trabajar.

—Y entre esos están también los burgueses, mamá?

—Sí, todos son unos, todos viven sobre los castillos del trabajador, sobre los ricos capitalistas; convirtiéndolo cada voto de sudor de hombres como tu padre en monedas de oro; no dándole a éstos lo suficiente para que nos alimenten y nos vistan; y no contentos con esto, cuando el obrero pide algo, lo llaman de anarquista y lo meten preso como han hecho con tu padre.

—Son malos los anarquistas? mamá?

—No, hijo; los anarquistas son buenos honrados y amor; luchan contra la igualdad y el amor; luchan contra los verdaderamente malos, contra la hipocresía con que se cubren y contra las farsas que intentan para engañar a los pobres, para despojarnos del fruto de su trabajo y basta para que se conviertan en enemigos de sus compañeros y en defensores de los mismos títulos con la venta de las ciencias y su acobardamiento al mundo que les despojan de lo suyo. ¿Me entiendes, hijo mío?

—Sí, mamá. Yo... seré... y... y el niño, roído por la debilidad, inclinado dormido la cabeza sin sentirlo, como si pudiera que iba a ser por una amenaza y una sentencia contra la sociedad.

La luz se extinguió... la joven se hurgó, levantó su mirada, apretó los puños y lanzó airadas palabras contra el mundo que iba a ser su hijo y convirtiéndolo aquel ser destinado a embellecer el mundo con el amor en esposa y madre recuando que suspira por la venganza.

La luz se extinguió y sólo se oyeron en la habitación los sollozos de la madre, acompañados por la tranquila respiración de aquellos inocentes.

III

Son las diez de la noche... extensa glera en cuyo cretoso reino imponente silencio, interrumpido por el alarido, del nocturno vigilante, y el suspiro escapado de uno de los cincuenta hombres; obreros encadenados por la tiranía arbitraria, por el cruel y despiado yugo de los gobiernos sin conciencia.

Reviélense en sus miserables lechos; ayense fatigados respiraciones, y vense hombres sentados en sus peñales, con el rostro contrito por la desesperación; unos el estalante torva la mirada, apretar los puños, revelando en su actitud y en su aspecto los más enconados sentimientos, el recuerdo de la familia muerta y desamparada, de los infelices ancianos, la amorosa compasión, del tierno y cariñoso hijo, todos víctimas del hambre, de la enfermedad, de la maledicencia; privados de las energías de aquella inteligencia, de aquella musculatura vigorosa, de aquel amoroso corazón, y todo por una infame conspiración envenenada á que predomine la explotación, la soberbia y la crueldad. Todo presente á aquella razón que analiza y á aquella imaginación que representa la infame vida social con todo el vigor y el colorido de la realidad. ¡Oh! el insomnio del preso inocente necesita el genio de un Dante para describirlo y hacerlo sentir.

Después la galera queda sumida en la obscuridad y creí oír en los aires las palabras ¡asesinos! ¡asesinos!

FRANCISCO GONZÁLEZ SOLA.

Cádiz Sevilla, 7 Diciembre 1901.

Hay una cosa en que todo el mundo está conforme: no hay malos criminales cuando se trata de robar la casa de un pobre, carcelero y tirano. El crimen mayor es el que consiste en atentar á la libertad humana.

DEJAZQUE...

Antimilitarismo

Hemos recibido el siguiente escrito cuya publicación hemos juzgado conveniente:

Compañeros de la HUELGA GENERAL.—Salud. Soy uno de los que sufren de los que reportan contra su valentía la ignominiosa y bárbara esclavitud del cuartel. Hace seis meses que estoy encerrado en uno de esos edificios convertidos en escuelas de vagancia y corrupción, y sólo yo sé lo que he sufrido durante este intervalo de tiempo. Antes de entrar en el cuartel, no estaba del todo identificado con las ideas libertarias; no conocía en toda su amplitud las bellezas sublimes que encierra tanto hermoso ideal, y dominado por mezquinas preocupaciones de familia, me convertí inconscientemente en autómatas.

Tan pronto estuve dentro, conocí mi error viendo el triste papel que representaba; pues poco acostumbrado á soportar humillaciones y á acatar tiránicas órdenes, parecíame imposible lo que allí, ó más bien dicho, lo que aquí veía y estoy viendo. Me momento por momento dominarme y acostumbrarme á tan misera vida, y aunque aparentemente lo conseguí, porque siendo uno solo, no hay más remedio que aparentarlo, en cambio en la realidad padecía y padeceré gran dolor.

Por mi propia iniciativa y á objeto de aljar de mi pensamiento las tristes ideas que engendra el malestar del cuartel, adquirí algunos periódicos y folletos libertarios. Con su lectura creía yo olvidarlo todo, pero pasárame lo contrario; y hoy serto con más ardor que antes las ideas que no comprendía del todo antes de convertirme en máquina y siento con más fuerza también el odio al militarismo.

Y deseando cooperar con mis pocas fuerzas á la gran labor revolucionaria que germina en los actuales momentos, me atrevo á remitirte el adjunto trabajo, nacido en un momento de desesperación por un corazón rebosando amor por la Humanidad, que sufre y se consume en medio de la podredumbre que le rodea.

Que se agite la ola popular, que estalle la indignación proletaria, que reviente todo de una vez lo que desce; y lo desce con fe y entusiasmo, para que los *krappi* que estoy manejando, en vez de hacerse sentir plaza de ferocidad, me conviertan en justo vengador de las monstruosidades humanas.

Salud y Anarquía.

TEMPANO

Barcelona, 30 Noviembre 1901.

Muchas son en verdad las campañas que necesariamente se han de emprender, para que la razón flote sobre el mar de injusticias que nos aboga. Innumerables son los actos de propaganda que se han de realizar para que el esclavo de siempre se dé cuenta de la ingratitud que esteriliza sus acciones, y se muestre hombre fuerte para la lucha que se avecina.

Una de las campañas que más necesarias se hacen en los actuales momentos, es sin duda alguna la que exige la cuestión *militarista*.

Esta bárbara y anti-humana costumbre de los tiempos modernos, que los políticos todos consideran como la fiel guardadora de los intereses públicos, está dando tantos y tan fatales resultados, que es de necesidad absoluta una lucha enérgica y decisiva para que los hombres de mañana no se atrofien el cerebro inconscientemente, sufriendo zambra de humillaciones y reportando tiránicas leyes.

El servicio militar es la barbarie personificada; es el origen de las malas costumbres; es el sostén de la desigualdad humana, el pudridor de la gente joven, la constante tortura de los padres y el asesino de los corazones amantes.

El servicio militar, á más de perjudicar en lo grande á todos los que se pretenden á ser sus defensores, es atentatorio y perjudicial á todos los humanos sentimientos, pues en vez de guardar los intereses de todos, como pretenden hacer ver sus partidarios, sólo sirve para proteger á los ladrones en entornos y para arrebatar el pan de los que todo lo producen y no consumen nada.

Los ejércitos, en su mayoría, formados por hijos del trabajo, delenden en todas ocasiones las arbitrariedades de los gobiernos y los desplantes de los capitalistas, sin pensar que aquellos á quienes defienden y amparan, son los que atropellan, roban y matan á los padres, hijos y hermanos de los soldados; es decir que el hombre militar, á más bien dicho, el *hombre ni quina*, solamente sirve para matar á los que el mal entendido patriotismo llama sus enemigos, (el fin á lo cabo hermanos tuyos) y á sus padres, hermanos y á impulsos de un deseo de bienestar común, combaten todo lo malo y pernicioso que existe en la humana tierra.

Para contrarrestar pues los desastrosos efectos que produce el servicio militar, es conveniente procurar y sostener una enérgica campaña anti-militar.

Los revolucionarios franceses, más prácticos que nosotros en cuestiones de propaganda, están sosteniendo una campaña contra el militarismo, que á pesar del poco tiempo de emprenderla y de los obstáculos para su realización encontradas, ha dado ya en algunas partes sus correspondientes frutos.

¡Juntos la conciencia de los compañeros franceses; emprendamos una enérgica campaña contra la barbarie militar, procurando matar de ideas y de hechos á los soldados, para que dejen de convertirse en viles instrumentos de la burguesía y en infelices autómatas del Estado. Es hora ya de que los insanos cuarteles cesen de cobijar á los cerebros pensantes.

Es llegado el momento de que el venenoso ambiente que allí se respira, deje de corromper á los destinados á continuar la obra magna de la reivindicación proletaria.

¡A luchar todos!

El sentimiento de humanidad lo exige, el deber de hombres libres lo reclama.

TEMPANO.

El Triunfo de la Domesticidad

Este es un poema del magnífico poeta catalán Ricard Bartrés y los franceses. Es una composición.

SICHERMATHIE.

¡He aquí el otoño. Desde la risa ingenua de Abril hasta los salvajes espasmos de Julio, la tierra ha entregado sus tesoros de esposa, y fecundada con el trabajo humano, ha dado al rico trío infantes llenos de vida respaldados de hermosura. Las pobres bestezuelas, embriagadas de alimento y de sol, caen como mana superfluo en manos de los tunantes á quienes la sociedad burguesa permite la caza, robando por placer egoísta para engordar perreros, especie de lacayos de perros, lo que debería servir de alimento á los desahuciados; puesto que su producción no exige ningún esfuerzo.

No va solamente la mies de la granja, ni la vida rebosante de jugosos racimos, ni la liebre pertunada de romero es lo que da testimonio del poder absorbente del capitalismo; en las clemáticas de Vandianario las clases directoras dan un espectáculo digno de ellas. Considérase darse cuenta de *vino* del empuje de su gamalo tricolor, y á los soldados, esos esclavos de la timpanada patria, impone un servicio suplementario; quiere, bajo el sol escante, someter á pruebas degradantes á esa jauría de perros que denomina sus ejércitos. Eso asegura la digestión de los satisfechos; nada falta en el desfile de los matachines, útiles para anegar en sangre nuestras esperanzas y nuestras rebeliones, ni un botón de sus polainas, ni una hoyuelita, ni un cartucho, los fusiles de Millerand tiran solos. Mammou puede dormir tranquilo; sus saqueadores están sobre las armas, sus asesinos están alertas. Ese espectáculo reconfortante se llama grandes maniobras y suministra á los periodistas un número infinito de solacismos.

En general, esa mascarada guerrera, ese carnaval estratégico no da otro resultado que sacrificar á los ladrones en entornos y exagerado de pillos. Aparte de los míseros abandonados, de las muchachas empre-

AEF - COHS
BARCELONA

ñadas de pasto por húsares irresistibles o artilleros persévares; haciendo caso omiso del alcoholismo caro á los hijos de Marte, el regocijo tiene por conclusión única uno de esos discursos llenos de barbarsimos adúladores en que el jefe de tropa se dedica á la concepción de la militar silenciosa y cénida. Se brinda se charla, se derracha el champagne helado, en tanto que los infantes, los soldados revientan de cansancio y de calor. Se otorga la estrella de los bravos, se arrojan las medallas, se felicitan, y entre tanto el cañón retumba, las autoridades se desencuadernan y se emborrachan respectivamente á fuerza de reverencias, y al final la mandada monta en el conroy y todo queda en paz hasta el día siguiente.

En 1904 las cosas cambian de aspecto, por que la domesticidad francesa celebra su gran certamen: los que suplen sus deficiencias físicas con algodón, los que lamen las botas, los pueeros del Estado Mayor, los zorros de la prensa, los necios del Eliseo y los dormilones del ministerio, en desenfundando frenesí de servilismo se arrastran de rodillas ante el czar Nicolás, porque aquí le tenemos como en los tiempos de Pólys Furoy, al pícaro imperal de todas las Russias, que viene á infundir algunas órdenes á la torpeza francesa ó á sacar algún dinero á la incalculable ebullición del royo nacional. Decisión única de derrochar trozos artificiales, farolillos y chucherías serviles tanto oro como el que se necesitaria para abrigar y alimentar durante la mala estación á un pueblo entero de desgraciados. Manos de moedador, mozos de almecen, notables de comercio, parroquianos de la Sra. Martel, individuos de intelecto duro, corazón purulento y nervios de madera, incapaces de experimentar aquella piedad semiprofanada que impulsa á socorrer al pobre diablo callejero, todos esos individuos corren peligro de arruinarse por el enorme gasto de esteirina, fuegos de bengala, candellitas romanas, trozos artificiales, gallinas, faisanes, etc., etc., y por combinación de mal gusto que al par de frescos excusados sirve. Los vendedores ambulantes gritan que se las pelan. Los reporters, otra especie de charlatanes, vierten original como las sardinas en latada. Marcellus Blum, doméstico de Edmundo Blanc, pero más señor judío antisemita, quien también es conocido por Blum, Levy, Cohen, Salomón ó quiza Ellenthal, funda una esperanza magnífica sobre la triple alianza rusofrancesalemana, porque, como el dice, sólo tenemos un enemigo común, Inglaterra. «Oh Bonaparte! oh Millevoye! oh Deroulède! ese desecho de los Judas lugares», que escribe con la pluma de ganoso que llevan á la espalda sus antepasados, reanuda vuestra filosofía de la historia. Profesa por Juana de Arco la religión nueva de las grullas de Trianon y canta como el difunto H. A. Levy los versos del pobre Casimir.

*¡Guerra á muerte, ¡guerra en Francia!
¡Guerra remata, guerra remata!*

Lo cual no es tan tanto, pero casi tan respectible como los tonos de Jehan Bictus.

El Social-Lieulo y marchando al frente el Vicario de Montheban, escavan las zalamas, los bosa-piés, las reales adulaciones y para que nada falte á lo grotesco, el desparpajo cortesano. Los pobres quisieran saludar como Dangeac, escuchar como La Feuillade, y reír como M. de Bousman, pero salidos en su mayor parte de padres inmundados y de Mariornes sin brillo, se dan cuenta de su nada y se arrastran lo mejor que pueden, contentos de atraerse las miradas de un Bonaparte, él que quisiera durante mucho tiempo tener otra relación que la de los burroquianos del Café del Comercio. Cada uno se esfuerza en manifestar la más rastera bajaza y el ejemplo los lleva hácia el *spout* de las genuflexiones. A ese concurso de jacassus Millardan aporta las garitas de Chalou. Moitx un sico de pajá como recuerdo de los calabozos de antaño y el joven Leynes muchos hotes de vaselina indulgenciados por el padre santo. Guin agradables y majestuosos homonajes.

En cuanto á los oficiales, su jubilo no reconoce límites. El elemento civil cae á sus pies. Papá Loubet reabre de una ten-

giatada el pipi del conde de Atlan, manifestando la más alta deferencia hacia las evocaciones de aquel chieculo. Un excremento del faubourg San German, á los ojos del presidente de la república tercera es digno de la misma adoración que las santas espaldas. En su bajiza de lenguaje entusiasta confunde en un mismo respeto los dos gustanos.

En Reims, en Dunkerque y en Bethony, Francia se arrastrará delante del colateral de Guillermo I y de Eduardo VII. Las grandes maniobras, parada indelante y repugnante, tendrán este año un epílogo mal-oliente. Los saltibancopis de pluma de avestruz, los corceles de las magnífugas jesuitas, los oficiales de toda graduación que viven del tapete verde, las señoritas de honoraravero y el dinero de San Pedro, los arrastradores de sable á quienes mantienen la Iglesia y el lupanar, los Estados Mayores de los ejércitos terrestres, ó marítimos, siempre vicarios (naturalmente) y siempre infames, que son algo así como sombreros dispuestos á ser apillados y caras abofeteadas, van á recibir honores adecuados á su domesticidad. Sus pechos se cubrirán con los salvajozos que merecen sus rostros.

Después de habernos escarificado durante un cuarto de siglo, después de haber vomitado en todos los sitios públicos la revancha, el odio al alemán, el «no tendrás la Alsacia y la Lorena y otras porquerías que Coppée versificaba, he aquí que los revanchistas, nacionalistas, bulngustas, mícos de Gabriel Blanc, proxenetas del «Petit chapelau», roba de los círculos católicos, de acuerdo con el gobierno de hipócritas que deshonra el socialismo, se agachan en la inmundicia, se prosternan en el fango misericordioso al asonador de Finlandia, el verdugo de los estudiantes rusos, el animal perseguidor del gran Tolstói, se revelan, se pasan en los brazos del moscovita, ó por mejor decir del alemán, porque es un principio esen comarador intelectual, ese Nicolás II, borracho como una cuba, rotando como un castrado (ni siquiera se atreve á pasar por Dunkerque), y es mudreoteado de misicismo que los más abyectos frailes del mundo Albos. Es su germanismo su facultad de pensar: Halstejn-Gottorp por Porduin III, Anhalt-Zerbst por Catalina II, sin contar las princesas alemanas mujeres de Alejandro y de los Nicolás. Tan lejos está el ser Romanoff como Gamelle de ser Borbon. El repugnante Enrique IV, roneador, «cinco sin vergüenza, ídolo del extranjero por su lujuria y su canallería, como con estilo habernario y churrinesco cantaban los aristócratas de la restauración á las esposas del faubourg San German, ese galán que «apestaba como carño», ese galán no pudo ser continuado por su miserable heredero, por lo que Mazzirino se encargó de continuar a lo tino del rey, el Francia. Por lo demás, si existiesen en el día verdaderos Romanoff, verdaderos Borbon, verdaderos Habsburg (Vandemont-Bavierra) la pública ignominia tendría siempre un lustre suntuoso.

Porque los intereses políticos de los dos pueblos son los mismos, exceptuando las provincias bálticas. Pero Guillermo II no se aprestaba en modo alguno á conquistárselas: tiene otras cosas que temer, como nuestros patriotas las ciudades anexionadas. Entre la Prusia y la Rusia poseen la Polonia. La Rusia aislada no puede en nada favorecer á Francia, ni por su ejército, toda vez que tendría que atravesar el imperio del Kaiser ni por su flota, que vale menos que la de M. de Arnesan. No existe, pues, la menor razón para hacerse un aliado de un enemigo posible.

Otando las primeras convulsiones de González y de los oficiales rusos, muchos franceses creyeron que la alianza era definitiva. Strasburgo iba á entregarse y la plaza de la Concordia, donde brillaba en égiga la gran ciudad renana, se veía libre del estiercol con que la liga de las Pesas ensucia aquel sitio. El czar iba á ir un día á Francia en una guerra contra Alemania. Los lectores del *Petit Journal* decían por todas partes en 1896, «Sécia

necesario saber lo que el czar ha encargado á M. Hanotaux.»

Pero al momento sabie hoy que la alianza es puramente defensiva. Los dos aliados se garantizan sus posesiones actuales: los franceses renuncian por eso mismo á reconquistar las provincias anexionadas en 1871. Alemania no quiere que el czar hoy como lampero mañana no ataca a Francia, hoy como lampero hubiera atacado antes cuando existiera una alianza alguna. Al presente la situación es ésta: las potencias quieren mantener la paz en Europa porque la guerra sería demasiado ruinosa. En su caso, el ejército de los rusos, presidarios con uniforme, carne de cañón, carne de hospital no se cuenta para nada. En cambio se dejan el campo libre para las invasiones en Africa, en Asia y en América. Allí se batan de firme, y los evangelistas, halgonotes, papistas ó ortodoxos, los misioneros de toda clase pueden robar á sus anchas. Tal es evidentemente la significación de la conferencia de Guillermo, Eduardo y Nicolás, y eso es lo que el «padreco» quiere explicitar al moujik Delasce.

A menos que, como jefe de una agencia electoral, no venga Nicolás á forzar la mano al «socialista» francés y á dar á esa prostitución pública un sueldo de cinco millones al año, preparado así la vía á su Bonaparte, bajo la citada protección de Valdeck-Rousseau. Quizá se esfuerce en reparar las torpezas lanceadas por el jefe de Wite, inspeccionando la flota y revisando el ejército. Por último, otra hipótesis igualmente plausible, el «padreco» intenta una cruzada y prepara (ya) su entrada en Constantinopla.

En cuanto á los generales de la tercera república tienen en alias que ni pintado: se llamarán «putaputeo-alcufo».

Mas para entrar en Bizancio y hacerse «comar de nuevo bajo la cúpula de Hagia Sophia, el «padreco» primero el asunto de esos famosos miles que Goudanos toca tan bien como Paganini tocaba el violín.

Inglaterra está ocupada en el Transvaal; ¿por que los tantos franceses no tomarán la ventaja de pedir de una «rescudura rusa» (capitalismo y domesticidad). Que diversión será ver como se reconstituye el imperio británico. Coppée, cegado sin fístula, desmembrará el empleo de Belsario, y Barrés, el capot, rotará el empleo de Beldier, por lo que quipien los papabarras tratan finalmente de poeta, será el Licéonán del nuevo Constantino, mientras que sobre las gradas del circo Fosino, más borracho que de costumbre, oratoria Cloutier el himno de los Romanoff: *Bofje Tara con!*

Y ahora es cuestión de preguntar: ¿qué vesania ha impulsado á la Francia republicana hacia la deshonrosa amistad de un pueblo aludido á fuerza de despotismo clericalítico y militar? ¿Quién ha infundido esa correa humillante, ese prurito stimesco, esa infeliciosa danza de San Guí? Es la misma que impulsaba antes á las mogolgas parisienses á besar las caras grasientas de los marinos de Avellan. Senillamente el humor «sere» el apetito cortesano de adorar un año, la necesidad de evilescere que es la naturaleza misma, el resorte infimo del «homo francés». La nación que hizo del fiasco de la guerra el punto de decadencia notado por Montesquieu cuando los alemanes no admirara ya al mundo más que por su adulación á los reyes.

Los afloramientos intrusos del ministerio Waldeck-Roussieu revientan de contentos al considerarse comiendo en compañía de un czar y de una emperatriz de carne y hueso. Costumieres de estúpido, valor lacayano, jefes de un tropa burroquera, de un popinicho antiguo inclinado á las más torpes abyecciones.

Ciertamente que las Leyes infames, en el primer lugar, después la humanidad (en el caso que los asesinos con charroteras, los degolladores de profesión, tengan derecho á la piedad humana prohibida al juez de Nizari) y su hombre, sobre Loubet y sus ministros, sobre las tropas en maniobras, sobre la *claque* del Eliseo y sobre las moscas de la prefectura, sobre los papanatas empulperados y forrados de plata, sobre los cuervos de Romanoff, para siempre las banderas de Horriano,

AEP - CDHS BARCELONA

de Chellaloff y de Beresowski! ¡Oxidese el hierro de Harmond, de Bresci ó de Angiolillo, harto pesado para los cobardes espectadores de las tricolores mascaradas!

¡Bodad á los miserables, robad esa riqueza que durante un largo invierno hubiese podido dulcificar su frío y su hambre! ¡Quedad farolillos ante los soberanos! ¡Ofrecedlos, como ladrones que sois, el tesoro de los bienes comunes dilapidados! ¡Presentadlas vuestras bailarinas, vuestros arripispos, vuestros oficiales, vuestros mismos, todos los saltimbancos y todas las prostitutas para divertir algunos instantes con el espectáculo de vuestra repugnante bufoñería á los huéspedes que se dignan traerlos sus coronas, sus intrusiones y sus ordenes!

Sin embargo, ¡qué alegría y qué bálsamo refrescante para nuestras cóleras, si alguno de los ilotas obligados á figurar en la procesion vergonzosa, si los mercenarios de la fiesta y los comparsas de gala levantan de repente sus frentes de hombre: si, delante de los pueros rebosantes de carne y de oro, autócrata ruso ó pillos de Francia, apareciese, en la fulguración de tempestad, el rostro temible del pobre!

¡Cómo, entre esos soldados ilegalmente retenidos para vigilar por el camino por que va á pasar la cordaria imperial, entre esos guarda agajas que ganan nueve francos al mes, entre los caminantes, los mendigos, los *trimardeux*, los *oullux*, los que muoran de frío bajo los puentes en invierno, de insolación en verano, de hambre siempre, no se encuentran una para tomar su fusil, su herramienta, para aranzar? Los frescos del bosque la maza prehistórica, y subiendo sobre el estribo de la carroza herir hasta la muerte en el rostro y en el corazón de la comalla triunfante, tzar, presidente, ministros, oficiales y otros infames, todos los explotadores que rien de su miseria, viven de su medula, curvan su espalda y lo pagan con vanas palabras! ¿Se ha cerrado para siempre la calle de la Ferronnerie? ¿Ha quedado infestada para siempre la semilla de los lraes?

¿No tienen herederos Gaserio y Louvel? ¡Han muerto á su vez los matadores de reyes, aquellos que devian con Jerónimo Olzúni, el ejecutor de Galeas Sfoza, que una muerte dolorosa dió eterna fama? ¡No! La conciencia humana vive aún en París acallame al tzar Nicolás II; que Loubet atiraje Dérouléde y Guirín y tantos otros granujes; que Payllarón apriese niños como Almeveya, su pretexto de que tienen las manos blancas y los ojos hermosos. ¿Tendrá la noche pronto, la noche de la Justicia grande?

¡Pronto vendrá la noche de la Justicia, irresistible como la primavera! Y entonces pagaréis, de una vez, el atraso de vuestras deudas. ¡Oh burgueses capitalistas! ¡Oh roboñano infame de hombres honrados! Dejad ver bajo un soldado misero ó misero elíoz del primer despota que trivisteis á mano. Entonces vuestros pueritos, vuestros sacerdotes, vuestros jueces sin rostro y vuestros soldados brutales, quedarán impotentes, sin valor ya defender el ídolo repugnante y cruel á quien todavía servís. Caeréis en el pudridero, desbordado por un viento de tempestad que se llevara vuestras mordidas, vuestros tesoros, vuestros gueses, como un montón de estiércol que manchará la pureza del cielo, y al cual, únicamente el huracán de la rebeldía, pudiera lavar la pestilente inmundicia.

LAURENT TAILLARD.

La Herencia Social

En la próxima revolución los burgueses no tendrán que correr los riesgos de la prisión y del cadalso, castigos que sus antepasados infligieron á los aristócratas en la época de la gran revolución; pero tendrán que contemplar la ruina de su fortuna; habrán de sufrir la tortura de ver sus atreos des-

hechas, sus monedas esparcidas desprecipitadamente por el suelo; sus billetes, títulos, acciones, bonos, pagarés, cheques, letras, etc., reducidos á cenizas; todo como condición indispensable para asegurar el derecho á la vida de todos los seres humanos, incluso ellos mismos, sin exceptuar á los demás malhechores más ó menos honrados y deshonrados de la sociedad presente.

Esa insignificante pérdida material será ampliamente compensada por las inmensas ventajas que les garantizará el nuevo sistema social, al mismo título que á sus hermanos del proletariado, que les reportará el 100 por 1, sin víctimas, sin lágrimas, sin maldiciones, sin sonrisas forzadas de aquellas que ocultan un odio reconcentrado, sin aquellos privilegios exclusivos que constituyen el cortejo inseparable de su riqueza y el resorto indispensable de su posesión.

Porque al fin es preciso que los proletarios entren un día ó otro á participar del bien común, de la riqueza social que les pertenece por justo título y de que inicia y sistemáticamente han sido defraudados por el egoísmo de las clases espoliadoras.

Porque ello es, digan lo que quieran los cóligos, las religiones y las escuelas, que cada individuo que nace tiene derecho, como unidad, á su parte en la propiedad común, que es tan inicu el detentar parte de ella como acaparar los rayos del sol y el aire que se respira.

Si una serie abominable de crímenes han permitido esa espoliación, á la altura en que nos hallamos ya no puede tolerarse un día más.

Pero discutamos aún un poco el asunto:

¿Habrá alguien capaz de sostener que la clase de los privilegiados ha producido más que lo que ha consumido, y, por tanto, que es natural que transmita este excedente exclusivamente á sus descendientes?

En rigor podría admitirse que un corto número de individuos, á consecuencia de circunstancias excepcionalmente favorables, hayan podido, sin recurrir al fraude, á la explotación y al robo constituirse un bienestar relativo, pero estos casos son muy raros y se explican aun por los desórdenes de la organización social; el mayor número no debe la fortuna sino á la casualidad del nacimiento y con tanta frecuencia á maniobras criminales, aunque las leyes las consideren lícitas. Los doctores católicos, entre otros Jerónimo el santificado, han declarado que un rico no podía ser más que un hombre injusto ó el heredero de un hombre injusto.

Estas indicaciones bastan para reducir á la nada las pretensiones de los privilegiados y para condenar un sistema de organización que no tiene otro objeto que someter la masa á los caprichos de una minoría sin escrúpulos. La verdad es que el cazador no reconocerá jamás el derecho de la pieza venatoria.

En el estado actual hay que reconocerlo y repetirlo hasta la saciedad, todo conspira para mantener bajo el yugo más estrecho á los vencidos de la vida.

Proletarios, meterse bien en la cabeza este dato: La Convención decretó que después de la guerra se indemnizase á los defensores de la patria con un billón de francos; mas como después dominó la reacción, aquel decreto quedó como letra muerta y nadie pensó en su cumplimiento.

En cambio, á la vuelta de los Borbones, bajo el reinado de Luis XVIII, un real decreto dispuso que se repartiese un billón de francos á título de indemnización entre los emigrados, de los cuales, muchos de ellos habían combatido contra Francia en las filas de los ejércitos extranjeros, y esta vez el billón se distribuyó entre los favorecidos.

Cada individuo, hombre ó mujer, que viene al mundo, no ha hecho nada para merecer ni desmerecer la suerte que le espera en la vida.

Siendo esto así, como se impone por evidencia inexcusable al tonto y al sabio, al rico y al pobre, al creyente y al ateo, al liberal y al absolutista, al chino y al árabe, al niño y al anciano, al hombre y á la mujer, á todo el mundo, á los humanos de la primera generación hasta la en que vivimos, ¡por qué razón, por qué motivo, por qué pretexto, unos descendientes de los ricos, gozarán de todas las satisfacciones, mientras que los otros, hijos de pobres quedarán sujetos á todas las privaciones?

Eso es el mundo al revés; es diametralmente opuesto á la misencalleñequidad, al más elemental buen sentido.

Admítase sin dificultad que todos los seres humanos, indistintamente, circulen sobre las vías públicas, construidas, conservadas, y compuestas á expensas de la comunidad, sea en generaciones pasadas, sea en la actual.

Pues como consecuencia, y de conformidad con un criterio de estricta justicia, todas las propiedades deben ser utilizadas de la misma manera, gozando cada persona de los productos acumulados por las generaciones precedentes del mismo modo que se disfruta del aire, de la luz, y del calor solar, no quedando á título de propiedad personal más que los objetos relativos á la utilidad privada, como la alimentación, el vestido, el mobiliario, etc., naturalmente en relación proporcional á la cantidad de los productos acumulados y en razón de la población.

Cuanto se halla fuera de estas condiciones es dentro de la definición de Brissot adoptada por Prouhon: *La propiedad es el robo.*

¡Qué se espera, pues, para acabar con esas galimatías sociales y poner en práctica la anarquía, único y verdadero orden social, susceptible de allanar todas las dificultades y producir la armonía universal por el mutuo acuerdo!

AROMO.

